

Una hermosa tradición

La confección del Pesebre junto con la escenificación de "Els Pastorets" constituyen las notas folklóricas artístico-religiosas más importantes de las fiestas navideñas, que tanta raigambre han tomado en el mundo católico desde mediados de la Edad Media.

Los primitivos cristianos dieron preferencia al culto de la Semana Santa porque en ella se manifiesta de una manera sublime el Misterio de la Redención, de importancia capital para nuestra salvación eterna.

Había de ser el "Poverello" de Asís, el santo, poeta y místico todo ternura y bondad, quien, enamorado del Misterio que encierra el Nacimiento de Jesús, iniciara en 1223 la construcción de los pesebres.

Comprendiendo que su delicada salud no le permitiría celebrar muchas Navidades en la tierra, pensó encontrar algo que hiciera patente a sus propios ojos y a los de sus Hermanos de Regla, la Humanización del Hijo de Dios. Desoyendo el consejo de amigos y protectores, partió de Roma un día frío y lluvioso de finales de diciembre, camino de Greccio. Aquí tenía un amigo llamado Juan Vellita, el cual le había hecho donación de una parcela de monte cubierta de árboles situada a unos 700 m. de altura y a hora y media de la referida población, para que fundara allí un convento de frailes menores.

Tomás de Celano, primer panegirista del Santo, nos cuenta en la "Vida primera de San Francisco" que éste dijo a Vellita: — "Deseo celebrar contigo la Nochebuena. Escucha como he pensado hacerlo. En el monte, cerca del convento, hay una cueva en las rocas; coloca allí un pesebre lleno de heno; también pondrás un asno y un buey, lo mismo que en Belén. Quiero festejar, una vez siquiera con toda solemnidad, la venida del Hijo de Dios a la tierra y ver con mis propios ojos, qué pobre y miserable quiso ser por amor a nosotros".

La noticia corrió de boca en boca y fueron varios los devotos que se unieron a los frailes, empuñando antorchas encendidas, camino de la cueva.

Allí se celebró la Santa Misa, actuando de altar el pesebre y, después de cantar el Evangelio, San Francisco vestido de diácono, pronunció un emotivo sermón que encendió de ternura y de amor a las almas de los que tuvieron la dicha de oírlo.

Dícese que durante el Santo Sacrificio, Juan Vellita tuvo una inefable visión: Creyó ver en el pesebre un niño verdadero, acostado, como si estuviera dormido. Acercóse a él San Francisco y lo tomó en brazos; despertó el infante y sonriendo, acarició las hirsutas mejillas del Santo. Vellita interpretó su visión como una alegoría: el Niño Jesús había estado hasta entonces dormido en muchos corazones y el Santo de Asís, con su idea, habíale despertado.

Terminada la solemne velada, volvieron todos a sus hogares llenos de alegría.

Hoy día, sobre la cueva de Greccio, se halla edificado un Santuario que domina el valle de Rieti y da carácter franciscano a la región.

Muy pronto, la afición a montar belenes se popularizó en Roma y Nápoles principalmente, y a poco, traspasó las fronteras de la península itálica para extenderse por todos los países mediterráneos.

En la iglesia del Araceli de Roma se construyó durante muchos años un famoso pesebre cuyas figuras de cera eran de considerable tamaño.

Quien contribuyó grandemente a la divulgación del belén fué el rey de las dos Sicilias que, por muerte de su hermanastro Fernando VI de España, pasó a ser rey de nuestra patria con el nombre de Carlos III, en 1759.

El rey Carlos entró en Nápoles en 1734 y, en veinticinco años de una gran actividad reformadora en todos los órdenes sociales, dejó la ciudad sumamente embellecida e interesada por todas las manifestaciones de religiosidad y de arte. A su llegada a la capital de su reino encontró ya muy generalizada la costumbre del belén o "presepio" y se propuso perfeccionar y extender todavía más esta manifestación artístico-religiosa. A tal fin, mandó construir en los salones de palacio un grandioso belén con la cooperación de los mejores artistas napolitanos y permitió la entrada a todo el mundo. Más tarde sustituyó las figuras de talla de madera por las de terracota fabricadas en su fábrica de porcelana de Capodimonte y ello no sólo le permitió prodigarlas más en el pesebre real, sino que facilitó la adquisición por parte de los nobles, que construyeron en sus palacios belenes a cual más bello y original.

Como es natural, no todo eran pesebres regios incrustados de oro y de piedras preciosas como los de algunos aristócratas y nuevos ricos, sino que la mayoría eran modestos y sencillos; contruídos por el pueblo para poner de relieve su devoción y su gusto artístico.

Además de Nápoles, sobresalieron la Provenza, Cataluña, Murcia, Mallorca, Portugal, El Tirol y Bohemia por la calidad artística o por la abundancia de sus belenes.

En Cataluña, la época del mayor auge belenístico es el siglo XVIII y sigue luego hasta nuestros días con algunos paréntesis en blanco motivados por la política adversa a las manifestaciones religiosas. Los viejos cronistas nos hablan de los innumerables tenderetes ambulantes en los que se vendían los elementos necesarios para montar el belén, emplazados en los alrededores de la Catedral, tal como hoy se viene haciendo. También nos dicen que los más famosos belenes barceloneses eran: el de los PP. Capuchinos de la Rambla, el de San Francisco en la calle Baja de San Pedro, el del Pino y el subterráneo de la capilla de Marcús.

Se hicieron famosos los escultores Ramón Amadeu, Damián Campeny, Domingo Talarn, Masdeu, Mayans, Fortuny, Querol, Serra y los hermanos Vallmitjana. Y muchos artesanos, con sus reproducciones en serie, fomentaron la popularización de tan bella y loable tradición.

Actualmente existe en Barcelona la "Asociación de Pesebristas", retoño de una antigua sociedad de aficionados y técnicos que se fundó en 1863. Esta asociación tiene por objeto enseñar, propagar y perfeccionar la construcción de los belenes. En la calle de la Canuda, donde tiene actualmente su domicilio, construyen sus asociados cada año varios dioramas pesebrísticos de gran valor artístico y exponen al público valiosas piezas de museo relativas a la materia que tratan.

En San Feliu son dignos de mención los belenes contruídos por el señor Anglada, muy bien concebidos y artísticamente realizados, con una pulcritud en los detalles que causan la admiración de quien los contempla.

Hoy día se construyen dos clases de belenes en nuestra ciudad: los panorámicos abiertos a todas las visuales, llamados vulgarmente "casolans" porque son los que, ordinariamente, se montan en las casas por la gente menuda y por los mayores que no quieren complicaciones, y los dio-